

SEGUNDA PARTE.

SI el mundo no cautivára á los hombres mas que con la felicidad de su condicion presente, asi como no puede hacer felices, tampoco se formaria adoradores: Lo futuro, que siempre nos está manifestando, es su mayor arbitrio, y su mas inevitable engaño: Nos atrae con sus esperanzas, ya que no puede satisfacernos con sus dónes: Y el error de sus promesas nos adormecé siempre para que no reparemos en la nada de todos sus beneficios: Acabemos, pues, de instruirnos.

Los frutos de la luz, dice el Apóstol, son la bondad, la justicia, y la verdad. (1) Estos frutos luminosos resplandecieron en el Príncipe á quien hoy lloramos, para desengañarnos de la vanidad de nuestras esperanzas, justificando los excesos de nuestro dolor y de nuestro sentimiento.

El mayor elogio de un Príncipe es el haber sido bueno; y las únicas alabanzas que tributa el corazon son las que se grangea la bondad: El valor por sí solo solamente sirve de gloria al Soberano, pero su bondad hace felices á sus pueblos; con las victorias se grangea respetos, pero con el agrado gana los corazones: El ser conquistador es gloria suya, el ser bueno es provecho nuestro; y la gloria de las armas nunca puede ser completa, como dice el Espiritu Santo, si el amor de los pueblos no la hace inmortal.

Aqui se renueva el luto de la Francia, se vuelve á abrir la llaga, se representa la imagen del Serenísimo Delfin, y empiezan á correr de nuevo las públicas lágrimas. Es imposible acordarnos de lo que hemos perdido, sin exasperar y renovar el dolor de nuestra pérdida: En él, la bondad no era puramente una de sus virtu-

(1) *Ephes. 5. v. 9.*

tudes, sino que era su propio carácter, y parecia su mismo sér. *Nació con él, como dice Job, y salió con él del seno de su Madre.* (1)

En él se hallaba una bondad siempre accesible: Para llegar á los Grandes es necesario estudiar los momentos favorables: La mayor ciencia del cortesano es saberse aprovechar del tiempo y de las ocasiones; pero en nuestro Príncipe todos los tiempos eran los mismos, sin que la habilidad del cortesano hallase mas fácil entrada, ni mas afabilidad, que la sencillez del plebeyo, ó la ignorancia del ciudadano. Ninguno de los que se acercaban á él experimentaba aquellas secretas inquietudes que nacen de la duda del buen recibimiento; antes se manifestaba en él el agrado que la Magestad; todos buscaban en la afabilidad de un particular la Soberanía de Príncipe; ó por mejor decir, al ver su agrado todos conocian que era digno de ser Soberano. El corazon le daba inmediatamente unos títulos de soberanía, mucho mas gloriosos que los que dá el nacimiento: El amor hace Reyes; el nacimiento solamente dá las coronas, pero el amor forma los vasallos.

En él se hallaba una bondad con que correspondia al amor que le tenian los pueblos: Los Príncipes no siempre saben gozar del placer de ser amados; suele ser muy poca la estimacion que hacen de los demás hombres para que los mueva su amistad. No conocen suficientemente quanto vale un corazon; y el continuado uso de las adulaciones los hace insensibles al amor verdadero.

Pero el Serenísimo Delfin amaba á los pueblos, y gustaba de ser amado de ellos. ¡Qué alegría la suya, quando al presentarse en esta Capital veía que se iban tras él todos los corazones, que se avivaba el amor del público, y que olvidado el pueblo de sus miserias, en

(1) *Job 31. v. 18.*

nada pensaba mas que en el gusto de ver á tan buen Príncipe!

Acordaos, señores, de aquel terrible momento en que Dios amenazó la primera vez á su vida: ¡Ah! Ya nos manifestaba desde lexos nuestra desgracia, pero el amor á todo se atreve: Aún el pueblo mas ínfimo y despreciable corre á los pies del Trono, y las augustas puertas de la gloria y de la Magestad se abren para que éntre el amor. El amor es un título que siempre dá derecho para llegar á la presencia de un buen Príncipe: El Serenísimo Delfin se dexa ver: (1) Aquella gente de la ínfima clase del pueblo se acerca á la cama de su dolor: Parece que solamente se restituye á la vida para darse á su pueblo: Respeta en estas demostraciones populares el amor de la nacion: Se persuade á que un Príncipe, por grande que sea, siempre debe mirar como su mayor honor el ser amado: Dexandose ver enjuga unas lágrimas que siempre son mas sinceras en el pueblo, porque éste no sabe fingir su dolor, y solo llora la pérdida de lo que ama.

¡Oh Príncipe digno de una nacion cuyo distintivo ha sido siempre el amor á sus Soberanos, que cuenta una sola mirada de éstos como un singular beneficio, y que aún en el tiempo de sus mas tristes miserias, solamente con levantar los ojos ácia su Príncipe se consuela en el dolor de sus heridas, y se olvida inmediatamente de sus trabajos y penas!

En él se halló una bondad prudente é ilustrada. La bondad del Príncipe autoriza muchas veces la ma-

(1) Las Pescaderas de París, diputaron seis de las principales de su Gremio, las que fueron á Versailles á dar al Serenísimo Delfin la enhorabuena de su convalecencia, y tuvo la bondad de mandarlas entrar hasta su propia alcoba.

licia de los perversos. Los mejores Reyes, decia en otro tiempo el Rey Asuero, se dexan engañar de los artificios de los malos, porque juzgan de los demás por sí mismos.

Las Cortes, con especialidad, suelen estar llenas de acusaciones y malas voluntades; en ellas parece que se reunen todas las pasiones para pelear unas con otras, y destruirse; en ellas se mudan los odios y las amistades segun se mudan los intereses: No hay en ellas cosa alguna constante y permanente, sino el deseo de ofenderse. Aún los mismos vínculos de la sangre se abandonan, si no los unen los intereses comunes. *El amigo, como dice Jeremías, camina fraudulentamente sobre su amigo, y el hermano pone debaxo de sus pies á su hermano.* (1) En ellas parece que todos han convenido en que la buena fé no debe ser una virtud apreciable, y que la amistad solo debe ser un puro cumplimiento. El arte de armarse lazos á nadie afrenta, sino al que no consigue con él sus fines: Finalmente, en ellas aún la misma virtud, que las mas veces es fingida, es mas de temer que el vicio. Muchas veces suelen valerse los Cortesanos de las apariencias de religion para ocultar las emboscadas que disponen: Muchas veces se valen de las exterioridades de la piedad para guardar con mas seguridad el corazon para la amargura de la envidia, y para el insaciable deseo de la fortuna: Y como en aquel Templo de Babylonia, de que se habla en el libro de Daniél, en público todo parece que es para la Divinidad, pero al mismo tiempo entran en secreto por caminos subterranos á recogerlo todo para sí mismos. (2)

El Serenísimo Delfin era bueno, pero era menester que tambien lo fuese el que deseaba merecer su favor: Sus oídos estaban cerrados á la malicia de las delaciones, é

(1) Jerem. 9. v. 4. (2) Daniel. 14. v. 12.

imposturas: El murmurador disimulado no hallaba en él mas que un silencio de indignacion y severidad. La lengua venenosa, en vez de comunicar el veneno, no hacia mas que emponzoñarse á sí misma: La malicia recaía siempre sobre el hombre perverso: El que intentaba perder al inocente se perdía á sí mismo, y disponia para sí la pena y la ignominia que le habia destinado: Desterraba de su corazon aquellos enemigos públicos de la sociedad, que debieran ser desterrados de entre los hombres; conociendo, como solia decir muchas veces, que los malos no desacreditan á sus semejantes, y que la impostura siempre se dirige contra la virtud.

Finalmente, poseyó una bondad universal. Era bueno para sus amigos, capaz de unirse estrechamente con ellos, y amarlos: Amaba siempre lo que una vez habia amado, sin conocer aquellas inconstancias que suelen ser regulares en la amistad de los Príncipes, no valiendose de aquel privilegio de los Grandes, que consiste en no amar nada, ó en amar por poco tiempo. Buen padre, dividiendo con los Príncipes sus hijos la afabilidad é inocencia de sus placeres, no manifestandoles su autoridad, sino en su amor; deseoso de su gloria, y aún mas deseoso, segun parece, de su amistad; gustando de vivir con ellos, y sin ocasionarles mas sujecion que la que proviene del gusto de vivir con lo que se ama.

Buen amo, pues nunca se observaron en él aquellas demostraciones del génio, que suelen ser tan frecuentes en los que no tienen respetos que los contengan: Quanto mas íntimamente se le trataba, mas se conocia su bondad: En la realidad, mas parecia amigo que amo: Atendia á todas las necesidades de los suyos, persuadiendose á que nunca es mayor un Príncipe, que quando su bondad le abate á estos cuidados: Quería que con él todos fuesen felices: Estaba persuadido á que los Príncipes solamente han nacido para felicidad de los demás hombres, y no tenia por dicha el ser él solo feliz.

¡Gran

¡Gran Dios! ¡Qué esperanzas nos manifestabais! Es verdad que no le hizo immortal el amor de los pueblos, pues hemos visto que su carrera ha sido tan rápida y precipitada: Pero la muerte de los buenos Príncipes es siempre uno de los mas rigurosos azotes con que castigais la malicia de los hombres.

De este modo, católicos, nos hemos engañado en nuestras esperanzas: La nacion esperaba toda su felicidad de tan buen Príncipe. Muchos de los que me están oyendo fundaban ya en su bondad y amistad ideas seguras y particulares de elevacion y de fortuna: Cada uno se forma para lo sucesivo una fantasma con que se engaña: La felicidad siempre se nos manifiesta desde lexos. La muerte de nuestros Superiores, este grande espectáculo en que se desvanece á nuestra vista el mundo y toda su gloria, su muerte, vuelvo á decir, muda nuestras ideas, pero no nuestros corazones: Cada uno procura buscar su fortuna por otros nuevos caminos, formamos nuevos proyectos, ideamos un nuevo plan, y tomamos nuevas medidas; nos consolamos de nuestras pérdidas con nuevas pretensiones, continuamente se están desvaneciendo nuestros proyectos, y de estos mismos proyectos desconcertados renacen nuevas esperanzas: Entre las ruinas de todo lo que nos rodea, nos consolamos con lo por venir; todo nos desengaña del mundo, y nada nos vuelve á Dios; se pasa toda nuestra vida en esperanzas de una engañosa felicidad, ó de una falsa duracion. Esta era la bendicion prometida á la piedad filial; pero no fue la justicia que se incluye en el cumplimiento de esta obligacion prenda menos propia del Serenísimo Delfin, que la bondad: *In omni bonitate, & justitia.* (1)

¿Será razon que yo alabe como mérito en este Príncipe la tierna y respetuosa sumision al Rey? Aún quando

(1) *Ephes. 5. v. 9.*

la naturaleza sola no nos enseñara á honrar á los padres, aún quando el amor que los debemos no circulára por nuestras venas con la sangre que de ellos hemos recibido, aún quando este respeto no naciera con nosotros, y se formára, por decirlo así, al mismo tiempo que nuestro corazón; ¿qué padre, y qué Rey es el que se presenta á la piedad filial del Serenísimo Delfin? un Rey, que es la gloria y modelo de todos los Reyes; un padre amorosísimo, y el mejor de todos los padres.

Pero algunas veces los derechos de la naturaleza son mas débiles en el corazón de los hijos de los Grandes, que en el de los demás hombres: Miran los sentimientos de la sangre y de la naturaleza como propios solamente del pueblo; en ellos la ambicion ocupa el lugar del amor, y muchas veces suelen mirar á sus padres como á sus rivales. Las historias de los pasados siglos, y aún las del nuestro, siempre están manchadas con estos tristes exemplares, y aún á David, padre tan amoroso, y Rey tan glorioso y grande, no le faltó un Absalón.

El perpetuo y sincero respeto del Serenísimo Delfin al Rey, acaso no tiene exemplar, no solamente en la historia de los Príncipes, pero ni aún en la de los hombres particulares. Quanto mas le acercaba al trono la edad, mas parece que se aumentaba su sumision; habiendo llegado á aquella edad, que en los Reyes suele ya mirarse como abanzada, no se cansó jamás de ser vasallo; contento con pasar al pie del trono sus mas felices dias, nunca pasaron mas adelante sus deseos, y aunque nació para reynar, siempre pensó que debía vivir solamente para obedecer.

Siempre arreglaba su voluntad por la del Rey: si conocia la voluntad del Rey, procuraba anticiparse á ella; sus gustos y sus deseos siempre eran conformes á los del Rey; respetaba sus ideas y sus determinaciones, y ni aún se atrevia á pedirle gracias, por no desagradarle; enseñando de este modo á los vasallos el respeto que deben

te-

tener á las lecciones y designios de sus Príncipes, á no entrar temerariamente en el Santuario de los Consejos y secretos de los Reyes, á no formar dentro de sí mismos un tribunal de vanidad é independenciam, atreviéndose á citar á él á los Soberanos, y á no llegar á los misterios del Trono, como á los del Altar, sino con una especie de religioso silencio.

Las ideas que tenia el Rey para con el Serenísimo Delfin, le parecian siempre á éste que eran el único partido que debia seguir; volaba á ponerse á la frente de los Exércitos quando le llamaban allí sus órdenes, y abrazó en Mendon, con la misma sumision, el sosiego é inocencia de una vida privada, luego que lo pidió así el bien de el Estado. Siempre estuvo en las manos del Rey, y siempre se halló contento con esta suerte.

Los hombres, regularmente, no admiran sino los grandes sucesos. La vida de los Príncipes les parece vacía y obscura, y no les mueve, quando no ven en ella aquellas acciones ruidosas, que sirven de adorno á las historias, y en las que suelen no haber tenido mas parte que haberlas honrado con su nombre: Solamente las cosas extraordinarias llaman nuestra atencion. *Hagamos inmortal nuestro nombre*, (a) decian aquellos hijos de Noé, dexando á nuestros sucesores un monumento eterno de nuestra soberbia: Las pasiones son casi siempre las que immortalizan á los hombres en el espíritu de los demás hombres: Los vicios famosos pasan á la posteridad: Una virtud oculta dentro de los límites de su estado apenas es conocida en su mismo siglo: Un Príncipe que siempre prefiere la obligacion á la fama, parece que no ha vivido: No dá asunto á la vanidad de los elogios si no ha tenido aquellas ambiciosas ideas, que turban la paz de los Estados, que trastornan el orden de las sucesiones,

(a) Genes. II. v. 4.
Tomo VIII.

y de la naturaleza, que introducen en todas partes la miseria, el horror, la confusion, y que solo llegan al Templo de la fama por los caminos de la iniquidad. Es cosa gloriosa el conseguir victorias, y conquistar Provincias; y sin duda que para esto no le faltó al Serenísimo Delfin mas que la ocasion: pero, ¿qué cosa tan grande es, como dice San Ambrosio, no haber sido jamás un hombre sino lo que debía ser! *Grande est aliquem intra se tranquilum esse, & sibi convenire.* (a)

Aturde, católicos, el modo de pensar de algunos hombres en este asunto: Parece que no se nos puede ocurrir cosa alguna, quando solamente tenemos que alabar unas virtudes útiles á la felicidad de los pueblos, y á la tranquilidad de los Imperios; y que para que sean aplaudidos nuestros discursos, es preciso ó tener que palear delitos públicos, ó honrar con pomposos elogios unos talentos perniciosos al género humano: ¡Hombres frívolos! Vosotros mereceis tener tales Soberanos, pues sois capaces de admirarlos!

El talento mas apreciable del Serenísimo Delfin fué un respeto, y una constante y absoluta sumision al Rey; y no os parezca, Señores, que le era violenta esta sumision: esta virtud no era en él puro efecto de su razon, con la que conoçia á lo que estaba obligado; tampoco era pura atencion ó cumplimiento, no hacia mas que seguir los impulsos de su corazon; siempre estaba pensando en qué podría agradar al Rey; se llenaba de regocijo siempre que se le proporcionaba alguna nueva ocasion de agradarle; salió fuera de sí quando tuvo el honor de recibirle en Mendon; estaba lleno de amorosas inquietudes, no omitiendo diligencia alguna para que el gusto del Rey fuese tan completo como el suyo, y manifestándose mas como un reverente cortesano, que como heredero de la Corona.

La

(a) S. Ambr. de vita Jacob.

La esperanza del trono, tan dulce y tan á propósito para ahogar aún los mismos movimientos de la naturaleza, jamás se le presentó sino como una imagen terrible: si algun temerario se hubiera atrevido á manifestarsela, aún desde lejos, hubiera hallado al instante, como aquel Amalecita que creyó lisongear á David, diciéndole que era Rey, el castigo de su temeridad é insolencia: jamás se le vieron formar aquellos proyectos para lo sucesivo, que son tan regulares en los hombres, y tan inevitables en la imaginacion, con que diese á entender que podia reynar algun dia: siempre pensó como si siempre debiera estar obedeciendo; y aunque la naturaleza parece que le prometia mas dilatada vida que al Rey, su amor se abreviaba sus dias, y muchas veces se le oyó decir: *Que su mayor consuelo era pensar que el Rey le habia de sobrevivir, y que si él le perdiera no podria sobrevivir al dolor de su pérdida.*

Nosotros mismos vimos sus sinceros sustos en aquellos dias de afliccion, en que amenazada la salud de este Monarca, se hallaba consternada la Francia. Al ver su profundo dolor qualquiera hubiera creído, que en su pérdida se acababa su fortuna y sus esperanzas; miraba la Dignidad Real como la mayor de sus desgracias, pues habia de comprarla á costa de la pérdida de tan gran Rey, y de tan buen padre; vivia contento con obedecer, con tal que su padre reynase.

Parece que la recompensa de una piedad tan afectuosa debia ser la larga duracion de sus dias; pero sus dias fueron muy cortos. *Buscó en vano el resto de sus años,* nosotros nos le prometiamos para nuestros sucesores, y ni aún para nosotros ha sido.

¿Qué precio puede hacerse de la vida? ¿Quién puede contar con el dia de mañana? Estas son unas reflexiones que ya hemos mezclado con nuestras lágrimas, y con todo eso vivimos como si esto nunca se hubiera de acabar; miramos á la muerte como al Orizonte en donde

se termina nuestra vista, que segun vamos caminando ácia él se vá apartando de nosotros, y nunca la vemos sino muy desde lejos, y creyendo no poder llegar á ella jamás; cada uno se promete una especie de inmortalidad en la tierra; todo cae á nuestro lado; Dios hiere en nuestra presencia á nuestros parientes, á nuestros amigos, á nuestros Príncipes, y entre tantas cabezas y fortunas abatidas permanecemos firmes, como si el golpe hubiera de caer siempre á nuestro lado, ó como si hubieramos echado unas raíces eternas en la tierra; nos parece que siempre estamos á tiempo para la salvacion, y este tiempo es precisamente el instante presente, y moriremos solamente con el deseo de vivir mejor.

Última esperanza que nos engaña. La Religion del Príncipe que lloramos supo precaver esta sorpresa: Fué bueno para los pueblos, y respetuoso para con el Rey, pero no fué menos religioso para con Dios, y la verdad habia hecho en él una santa alianza con la bondad y la justicia. *In omni bonitate, & justitia, & veritate.*

No os parezca, señores, que quiero ocultar aquí con el artificio de las alabanzas, las flaquezas de sus primeros años. En él no se deben alabar sino los dones, y llorar al mismo tiempo las fragilidades del hombre; no quiero escusar lo que él mismo condenó, y en el tiempo en que la Iglesia ofrece aquí la víctima de propiciacion, y que con sus cánticos lúgubres pide al Señor que le purifique de las enfermedades anexas á la naturaleza, no debo yo temer el hablar en el estilo en que ella pide, ni confesar que fué capaz de ellas.

¡Ah! ¿Qué es la juventud en los Príncipes? ¿De qué pueden servir las mas felices y santas inclinaciones contra todo lo que los rodea? ¿Acaso nosotros, aunque entre menos peligros que ellos, somos mas fieles? Nuestras caidas se ocultan en la obscuridad de nuestro destino: pero si nuestra vida sirviera de espectáculo á la vista del público como la suya, ¿qué podria presentarle? ¡Ah! Es des-

desgracia de su alta clase, que muchas veces, aunque sean mas inocentes que nosotros, no pueden gozar como nosotros de la impunidad del menor de sus vicios.

Si hubo algun desorden en los primeros años de este Príncipe, tuvo mas parte en él la edad que el corazon: si la ocasion le pudo hallar alguna vez flaco, nunca pudo hacerle vicioso; y el resto de sus dias, que pasó despues con tanto arreglo, manifiestan suficientemente que el desorden fué en él como un descuido, y que el retirarse á la obligacion era seguir su inclinacion al bien.

El Serenísimo Delfin podia decir como Salomon, que le habia tocado una alma buena, y un corazon inclinado á la virtud; una rectitud y una veracidad dignas de la educacion que recibió de aquel Cortesano christiano, que fué tenido por el hombre mas verídico de su siglo; fué religioso observador de la buena fé, y de los pensamientos de honor y probidad, mas seguro algunas veces para enseñar la virtud, que las mas vivas expresiones del zelo; ocultó los secretos que se le confiaban aún de sus enemigos mas privados: en una palabra, fué uno de aquellos hombres que cada uno quisiera tener por amigos, si permitiera el respeto formarse un amigo de un Príncipe.

El Serenísimo Delfin era tan verídico como enemigo de la falsedad. ¿Qué desprecio no hacia de los aduladores, que son vergüenza de las Cortes, y escollo de los mejores Príncipes! Miraba las alabanzas como público testimonio de la mala fé del que las tributa, y de la vanidad del que las recibe: se persuadia á que los elogios que se tributan á las virtudes que no tenemos, sirven en la posteridad de censuras que inmortalizan nuestros verdaderos defectos, y creía que la mayor alabanza de un Príncipe es el ser amado.

Pero hasta ahora no os le he representado virtuoso sino para con los hombres: ahora le vereis virtuoso en la presencia de Dios, le vereis justo y caritativo: ¿De qué no es capaz la bondad natural quando es ayudada de la

religion, y quando la naturaleza, por decirlo asi, se conforma con la gracia?

Casa desierta y afligida, que habiendo quedado sin habitador, como dice el Profeta, lloras tu soledad (1) y la gloria de tus antiguos dias, nunca podrás olvidarte de las piadosas liberalidades de este buen Príncipe; tus pobres te acompañarán en tu llanto; la viuda y el huérfano vendrán á pedirte su consolador y su padre, bañarán con sus lágrimas los felices lugares que habitó, y renovándote continuamente con sus clamores la memoria de su pérdida, te renovarán también la feliz esperanza, de que aunque pereció en tiempo, goza de la inmortalidad.

Aunque empleaba sus riquezas en santas liberalidades, no por eso se olvidaba de las demás obligaciones de la religion, y no creía como la mayor parte de los Grandes, que para ellos todo el Evangelio se reduce á la misericordia. Todo el mundo conoció el respeto que conservó desde su infancia á las leyes de la Iglesia: Los dias que ésta consagra á la abstinencia, los que apenas son conocidos de los poderosos, fueron siempre para él dias sagrados: ¿Quántas veces le vimos arrojar de su boca el bocado, que habia tomado por descuido, temiendo, como Jonathás, hacerse reo de muerte, si aunque fuese por ignorancia gustaba un poco de miel contra el comun voto que observaba el pueblo santo?

Y no os parezca, señores, que esta era una escrupulosa observancia, en que suele tener mas parte la flaqueza que la fé, sino que esta observancia provenia de un corazon religioso, y de una piedad sincera; todo quanto pertenecia á la religion le parecia grande, y siempre opuso estos pensamientos de religion á los discursos de la impiedad; porque sucede pocas veces á los grandes, particularmente en la primera edad, no estar rodeados de

(1) Mendon.

de aquellos hombres temerarios que dicen: ¿Quál es nuestro Dios? Y que siendo muy flacos para servirle, les parece que se manifiestan fuertes dando á entender que no le conocen; de aquellos hombres, que no saben de la ciencia de la fé mas que las blasfemias con que la impugnan; que han aprendido á ser incrédulos antes que á ser creyentes; que no son impíos sino por vanagloria; y que muchas veces inspiran á otros la incredulidad á que ellos mismos no han podido llegar todavía.

La lengua del impío siempre se secó en su presencia, llena de vergüenza y confusion: Solamente usaba de su autoridad quando veía impugnar la autoridad de la fé; entonces su afabilidad se mudaba en una magestuosa indignacion, digna de un descendiente del gran Clodoveo; del benigno y del clemente salian la fortaleza y la severidad; ¡qué cosa tan gloriosa era el ver al heredero de la Corona defender, al mismo tiempo que defendia la religion, el privilegio de mas honor que ilustra al trono de sus padres! No podia sufrir que la impiedad quitase á la Casa de Francia el mas antiguo patrimonio de que se precia, y que mirase el título de la fé y de primer Rey christiano, con que siempre se honraron los Reyes sus antecesores, como título vano, y error popular.

Leccion inmortal para los Soberanos, que deben acordarse de que la religion asegura su autoridad; que el incrédulo que ha sacudido el yugo de la fé, se desembaraça muy presto del de la obediencia; que los que no conocen á Dios, no respetan á los hombres; y que los impíos siempre son malos vasallos.

De este modo honraba este Príncipe á la religion con su sincera piedad: Pero finalmente, ¡ó Dios mio! La Francia no era digna de él; vos le formabais para vos solo; solamente reynó sobre los corazones, y su reyno no habia de ser de este mundo.

Sale el Decreto de los eternos Consejos: El Angel, Ministro de los designios y venganzas del Señor, baxa á

señalar la Casa del Primogénito; la plaga que affige al pueblo llega hasta la Casa del Príncipe, y es herido su mas querido hijo. ¡Qué consternacion se esparce en el público con esta triste nueva! Tiembla el pueblo, llora la ciudad, los Templos santos son el recurso del temor y dolor público; todos levantan las manos al cielo; la Corte muda en luto su magestad y su gloria: Un buen Príncipe es el patrimonio de cada particular, y así todos temen, porque cada uno le pierde.

El Rey, movido del peligro del *SERENISIMO DELFIN*, no conoce el suyo; se olvida de que es deudor de su vida á su pueblo, y se entrega á los afectos de su amor; expone, con su sagrada persona, la salud de todo el Estado, añadiendo al veneno del dolor, de que ya está traspasado su paternal y amoroso corazon, el del mortal ayre que respiraba; sin duda que tan buen hijo era digno de que el mejor padre recibiese sus últimos suspiros; siempre habia vivido en sus manos, y era justo que muriese del mismo modo.

¡Ah! cubierto todo de su dolor, y de la llaga que inficiona todos sus miembros, está al mismo tiempo lleno de temores y recelos; teme por la salud del Rey; el ver expuesta una vida tan preciosa es para él el mayor tormento: *Me moriria de dolor, dixo, si al salir de aquí el Rey le doliera la cabeza.* ¡Qué amoroso espectáculo se presenta aquí á la posteridad! El amor de un padre, tan grande en sus aflicciones como en sus prosperidades, no hace caso del peligro; y el peligro del padre es el mas vivo dolor del hijo que agoniza. ¡Qué leccion esta para los siglos futuros, y para los descendientes de esta ilustre casa! ¿Son acaso menos dignos de inmortalizarse en las Historias estos extraordinarios exemplos de humanidad, que las victorias y conquistas, las que muchas veces no han hecho famosos á los hombres sino á costa de la misma humanidad?

Los dos Príncipes sus hijos, penetrados ya de las inquietudes

del temor, se ven obligados á sufrir el tormento de la separacion, y se les priva de la entrada en Mendon, lugar en donde se halla la prenda de mayor estimacion que tienen en este mundo. Una Augusta Princesa, (1) lazo y alegría de la Casa Real, que con tanta felicidad para el estado dá herederos á la Corona que habia de poner sobre su cabeza, pide por gracia que se le permita participar del peligro; pero la Francia se manifiesta inexorable á sus amorosos ruegos; bastante ibamos á perder sin aventurarlo todo.

Con todo eso, aún nos lisonjeabamos con nuestras esperanzas. A las grandes desgracias siempre parece que precede una suave seguridad; quanto mayor ha de ser la pérdida, mayor es la esperanza. Las apariencias del mal solo nos anunciaban un peligro regular: Las conjeturas del arte, gobernadas igualmente por el amor y por la ciencia, tambien eran favorables á nuestros deseos; el rayo que habia de manifestarse, aún estaba oculto baxo el engañoso resplandor de la nube. Dios permitia que todavía gozamos de nuestro error. ¡Pero ay, que siempre somos á su vista el juguete de nuestras vanas esperanzas! *La palabra de muerte habia salido de su boca, y no habia de volverse á él vacía.* (a)

Unos presagios dudosos nos anuncian ya esta muerte; el mal vence á los remedios; el Príncipe se vé amenazado muy de cerca; conforme con la voluntad de Dios, adora la mano que le hiere; no se advierte en él impaciencia alguna en medio de sus dolores: Solamente la violencia del mal nos dá muestras de lo que padece; no se pueden sacar de él ni aún aquellas expresiones de dolor, que suelen ser necesarias para el socorro del arte; solamente se quexa á Dios, pero no de sus dolores; no dá muestras de otro dolor mas que del de sus culpas; pro-

(1) *Aldelayda de Saboya, Duquesa de Borgoña.*

(a) *Psalm. 71. v. 1.*

cura expiarlas con su paciencia y sus deseos; una alteracion interior y repentina le postra, pone una funesta nube sobre sus ojos, é impide que su lengua pronuncie las palabras de penitencia y reconciliacion; alarga sus manos á la Iglesia en señal de dolor y arrepentimiento; á la Iglesia, cuyas leyes siempre habia respetado, que poco antes le habia alimentado con el pan mysterioso, delicias de los Reyes, y de la que por su nacimiento estaba destinado á ser protector; su lengua, ya inmovil, se desata por ultimo para pedir la gracia de los Sacramentos; éstas gracias, de que habia usado con tanta religion, y de las que habia participado en los ultimos mysterios de la Pasqua, con una demonstracion de fé y de devocion mas vivas y fervorosas que nunca; como si conociera que aquella Pasqua habia de ser la vispera y disposicion de su muerte, y que no habia de volver á beber aquella misteriosa bebida hasta que se hallase en el Reyno del Padre Celestial.

Pero finalmente, la fé puede suplir el ministerio de los hombres. El fuego del cielo por sí solo basta para encender, quando hay necesidad, el sacrificio, y para santificar la víctima; sus fervorosos deseos se convierten en la misma gracia que pide; le faltó el consuelo de haber recibido los Sacramentos, pero tenemos la esperanza de que no le faltó su efecto y su virtud.

¡Gran Dios! una alma tan buena y tan religiosa, no habia de haber hallado abierto el seno de vuestras eternas misericordias! ¡Un Príncipe tan valeroso, segun el corazon de los hombres, no habia de ser conforme al vuestro! Recibid, Señor, el sacrificio de nuestras lágrimas y oraciones; mirad desde lo alto del cielo estas santas ofrendas; no sea inutil el sacrificio de la víctima, cuya sangre corre sobre el Altar; consolad la piedad de un Rey, y el dolor de un Padre, que ya no pide que su hijo viva para él, con tal que viva para vos: Este Augusto Templo está clamando en favor de la sangre de San Luis:

T

Dad

Dad vuestra justicia al hijo del Rey, (a) si es que sus justicias se hallan defectuosas; colocadle en vuestra presencia entre aquellos santos Reyes sus antepasados, que ocuparon el mismo trono á que le destinaba su nacimiento; hallese escrito en el libro eterno entre los sucesores de Carlo-Magno y San Luis, ya que ha de ser excluido de los de nuestras historias; y dadle en el cielo la corona que no habeis permitido que se pusiese en la tierra.

(a) Psalm. 71. v. 1.

T 2

ORA-

ORACION FÚNEBRE
DE LUIS EL GRANDE,
REY DE FRANCIA,
DICHA EN LA SANTA CAPILLA
de París.

Ecce magnus effectus sum, & præcessi omnes sapientia, qui fuerunt ante me in Jerusalem..... & agnovi quod in his quoque esset labor, & afflictio spiritus.

He sido grande, y he excedido en fama y sabiduría á todos mis predecesores en Jerusalén; y he conocido que aún en esto no hay mas que vanidad, y aflicción de espíritu. *Eccles. 1. v. 16. 17.*

Solamente Dios es grande, católicos, y se manifiesta tal, especialmente en los últimos momentos en que preside á la muerte de los Reyes de la tierra. Quanto mas han resplandecido su gloria y su poder, mas acreditan, al desvanecerse, la suprema grandeza; entonces Dios se manifiesta con todo su poder, y el hombre nada es de quanto parecia.

Feliz el Príncipe cuyo corazón no se ha ensalzado en medio de sus prosperidades y glorias; que semejante á Salomón, no espera á que su grandeza espire con él en el lecho de la muerte, para confesar que esta no era mas que vanidad y aflicción de espíritu; y que se ha humi-

llado baxo la mano de Dios, al mismo tiempo que la adulación le daba á entender que era mas que hombre.

Bien públicas han sido, católicos, las grandezas y victorias del Rey que lloramos; la magnificencia de los elogios ha igualado á la de los sucesos; todo lo han dicho los hombres hablando de su gloria; ¡pues qué me queda á mí que hacer, sino hablar para nuestra instrucción!

Este Rey, terror de sus vecinos, asombro del Universo, Padre de Reyes, mayor que todos sus antepasados, mas magnifico que Salomón en toda su gloria, conoció como él, que todo era vanidad; el mundo ha estado admirado del resplandor que le rodeaba; sus enemigos han embidiado su poder; los Estrangeros vinieron desde los Países mas remotos á baxar sus ojos delante de la gloria de su Magestad; sus mismos Vasallos casi le levantaron Altares; pero esta fantasma que se formaba al rededor, no pudo engañarle.

Vos ¡oh Dios mio! habiais infundido en él el terro de vuestro nombre. Estaba escrito en el libro eterno entre la sucesion de los santos Reyes que habian de gobernar vuestros pueblos; le habiais revestido de grandeza y magnificencia; Pero todavia era poco esto: Era preciso tambien que fuese señalado con el caracter de vuestros recogidos. Vos, Señor, recompensasteis su fé con tribulaciones y desgracias. El buen uso de las prosperidades puede darnos derecho al reyno de los cielos, pero solamente la aflicción y la violencia son las que nos le aseguran.

¡Miramos nosotros, católicos, del mismo modo la inconstancia de las cosas humanas? Sin recurrir á los siglos de nuestros Padres, ¡qué lecciones no nos ha dado Dios en este siglo! Hemos visto casi aniquilada la Real extirpe; los Príncipes, esperanzas del trono, arrebatados en la flor de su edad; hemos visto al Esposo y á su Augusta Esposa encerrados en un mismo feretro en lo mejor de sus dias, y á las cenizas del hijo seguir tristemente, y aumen-